

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Nosotros somos muy particularmente inclinados al orgullo.* Nacemos con ese germen. Ningún vicio sabe difrazarse más perfectamente bajo la capa de virtud. En todo encuentra pábulo: lo que enerva las otras pasiones sirve para robustecerlo: hasta de sus propios defectos sabe el orgulloso sacar partido. Ataca con preferencia cuanto hay de más elevado en el orden de la gracia y de la santidad. Mientras más rica es una alma, más codiciosa y ávida es esta pasión para despojarla. ¡Cuánto trabajó é insistió el Divino Salvador para prevenir y preservar á sus Apóstoles y á sus sacerdotes de este vicio!

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo debemos combatir el orgullo.* En este vicio todo es mentira: opongámosle la verdad. Si ésta reina en nuestros pensamientos y afectos, la vanidad no podrá penetrar en nuestro espíritu ni en nuestro corazón. Conozcamos á Dios, conozcámonos á nosotros mismos y entonces tributaremos el honor á quien es debido y despreciaremos lo que no merece sino desprecio. Consideremos nuestro cuerpo: lo que es y lo que será muy pronto: nuestro entendimiento y sus tinieblas, nuestra imaginación y sus desvaríos. Preguntemos á nuestra conciencia; nuestras caídas, nuestros peligros..... Meditemos los oprobios de Jesucristo, la locura de nuestro orgullo, y sobre todo, acudamos al Señor con humildad y confianza.

MEDITACION XLIV

El espíritu de interés. Su oposición al sacerdocio

- I. Se opone á la dignidad del sacerdote.
- II. A su misión y á su fin.

PUNTO I

Oposición del espíritu de interés á la dignidad sacerdotal

Ni el hombre, ni el cristiano, y mucho menos el sacerdote, pueden aficionarse desordenadamente á los bienes materiales y perecederos sin desconocerse y degradarse á sí mismos. Un pagano solía decir

hablando de las cosas terrenales: *Major sum, et ad majora natus.* Un cristiano á la vista de ellas debe exclamar: *Quam sordet tellus, dum cælum intueor!* ¿Y qué dirá un sacerdote si conserva alguna idea de su verdadera grandeza, y se hace cargo del lugar que ocupa en el universo?.... Un hombre que sobrepuja en dignidad á los monarcas de la tierra, tanto cuanto el alma sobrepuja al cuerpo; un hombre que pertenece al Cielo por la sublimidad de sus funciones; que es, por decirlo así, igual á los ángeles á quienes aventaja en poder; un hombre dedicado exclusivamente á las cosas divinas, que tiene por misión reconciliar al Criador con la criatura, combatir al infierno, destruir el pecado, establecer el reino de la virtud, de la gracia y de la paz.... ¡Ah, un hombre de esta suerte, favorecido con el don de una vocación tan sublime, se respetaría muy poco á sí propio, si llegara á aficionarse á las vanas riquezas que Dios entrega á sus mismos enemigos, á los que hiere con sus maldiciones!..... ¿Será posible que se dediquen con seriedad al lucro y á la ganancia? ¡Oh vituperio y profanación del sacerdocio! *Ignominia sacerdotis est propriis studere divitiis* (1). Hombre de Dios ¿por qué te envileces? ¿así te olvidas de lo que debes huir y de aquello á que debes aspirar? *Tu autem, homo Dei, hæc fuge: sectare vero justitiam, pietatem.....* (2) Si no fueses el hombre de Dios, ni el ministro de ese Salvador que no tiene siquiera dónde reclinar su cabeza y que ha fundado la santidad del cristiano y del sacerdote en el desprendimiento de las cosas de acá abajo, tu afecto al oro, y tus deseos de enriquecerte no serían tan inexcusables; mas siendo el encargado de representar á Jesucristo, huye, huye de todo lo que forma tan repugnante contraste con el Dios del pesebre de Nazareth y del Calvario. Aficiónate más bien á la justicia y á la santidad; ama á Dios, has que sea amado, prepárate á poseerle eternamente, conduce las almas al Cielo:

(1) San Jerónimo. *ad Nep.*

(2) I Tim., VI, 11.

hé aquí una ambición digna de ti, hé aquí el pingüe salario prometido á tus esfuerzos. El oro es demasiado vil pata ti: déjaselo al mercenario en servil recompensa de sus trabajos.

PUNTO II

El espíritu de interés es opuesto á la misión del sacerdote

Glorificar á Dios, tributarle y hacer que se le tribute el honor que le es debido, salvar las almas, hé aquí el único fin del sacerdocio evangélico. Mas ¿cómo podrá conseguir estos fines el sacerdote aficionado y entregado al amor del dinero?

1.º ¡Ay, que lejos de glorificar á Dios le ultraja! En la antigua ley los sacerdotes no eran partícipes de la tierra dada en herencia á los hijos de Israel; y tal exclusión era para ellos un privilegio insigne, porque poseían un bien que satisfacía por completo sus deseos, y que no podía ser confundido ni mezclado con los falsos bienes del mundo. Yo, les había dicho el Señor, yo mismo seré la porción de vuestra herencia: *Ego ero pars et hæreditas tua in medio filiorum Israel* (1). Y si el sacerdocio levítico estaba dotado con tanta magnificencia ¡qué decir del sacerdocio del nuevo Testamento! ¡Ah! pensad que Dios es vuestro, oh sacerdotes, y de una manera incomparablemente más perfecta que no lo fué de los sacerdotes de Aarón. No olvidéis que vosotros aceptasteis con agradecimiento esta excelente porción cuando entrasteis en el clericato: *Dominus pars hæreditatis meæ*. Y «¿quién después de esta promesa será tan osado, Dios mío, para decir que Vos no le bastáis?» (2) ¡Ah, sólo el sacerdote avariento puede llevar hasta ese extremo su osadía! De suerte que Vos que podéis llenar cumplidamente todas las aspiraciones de los escogidos por toda la eternidad, sois poco para él. En la distribución de vuestras riquezas dejasteis la tierra á los hijos de los hombres: *Terram*

- (1) Num., XVIII, 20.
(2) San Pedro Damián.

dedit filiis hominum; y á vuestros ministros os disteis á Vos mismo. *Ego ero pars et hæreditas tua*. Pues ahí tenéis á uno que cree que Vos no sois para él una porción tan ventajosa, y envidia la de los seglares. Poco importa, Dios mío, que Vos seáis cosa suya: él siente necesidad de otra cosa, y se cree obligado á buscar en el polvo de la tierra lo que no halla en Vos!... ¡Oh soberano bien, oh fuente, oh plenitud de todos los bienes! ¿se os puede hacer ultraje más afrentoso?

2.º Otro fin del sacerdocio es establecer, propagar y sostener la religión: somos los encargados del culto divino. Mas ¿posee la verdadera religión un sacerdote avariento? Se puede dudar de ello, y preguntarle con qué culto honra á Dios. ¿Por ventura con la fe? ¡Si parece que no cree en la providencia, en el poder, ni en la bondad del Señor, ni en la fidelidad de sus promesas! La pasión ó el afán de las riquezas, dice San Pablo, han hecho que muchos se descaminasen de la fe: *Quam quidam appetentes erraverunt a fide* (1). *Vide quia qui pecuniam appetit, fidem perdit* (2). ¿Le honrará con la esperanza? no; porque el sacerdote avariento más confía en el oro que en Dios: *Ecce homo, qui non posuit Deum adiutorem suum, sed speravit in multitudine divitiarum suarum* (3). ¿Le honrará con el amor? ¡Cómo! donde está tu tesoro allí está tu corazón: *Putant plus valere nummum quam Deum* (4). *Frui volunt nummo, uti autem Deo* (5). Pero hay más: la Religión que se nos ha confiado no tiene enemigo más terrible que la idolatría. La superstición la desfigura, el libertinaje la escarnece.... pero la idolatría la destruye por completo. Pues bien, San Pablo en dos de sus epístolas (6) nos dice claramente y sin ambages que la afición desordenada á los

- (1) I Tim., VI, 10.
(2) San Ambrosio, Serm. 59 de Avarit.
(3) Ps. LI, 9.
(4) San Agustín, Enar. in Ps. 52.
(5) San Agustín, De Civ. Dei, III.
(6) Colos., III, 5.

bienes terrenales encierra la grande iniquidad de tributar injustamente á la criatura el culto debido á solo Dios. Y antes que él lo había dicho el profeta Oseas: *Dives effectus sum: inveni mihi idolum* (1). Y lo peor es que esta idolatría tiene por templos los del verdadero Dios, y por ministros los mismos ministros del Salvador: *Væ, væ, in domo Dei horrendum videmus. Quid ni idololatrias ministrantes? Mentior, si non idolorum servitus avaritia est; quod enim quisque præ cæteris colit, id sibi Deum constituisse probatur* (2).

3.º Por último ¡qué oposición entre el espíritu de interés y el celo por la salvación de las almas! A cada uno de nosotros, lo mismo que á los Apóstoles, se nos ha dicho: *Ite ad oves, quæ perierunt..... Infirmos curate, mortuos suscite, leprosos mundate, demones ejicite* (3); porque las maravillas exteriores que obraban los primeros ministros de Jesucristo eran el símbolo de los milagros de la gracia que nosotros debemos obrar como ellos. Púes ¿cómo nos haremos aptos é idóneos para las cosas grandes que Dios nos prescribe enviándonos á los pueblos? Hé aquí la recomendación que nos hace Jesús: *Gratis accepistis, gratis date. Nolite possidere aurum..... neque pecuniam in zonis vestris* (4). En efecto, los sacerdotes que con más eficacia cumplieron en todo tiempo esta noble misión eran hombres que ó no poseían nada ó no tenían su corazón apegado á los bienes que poseían, siempre inclinados á compadecer, prontos á socorrer: *Pronus compati, subvenire promptus* (5).

Además, hablar de compasión á un sacerdote avariento es hablar á los sordos. No piensa ni ve más que á sí mismo; ó mejor dicho, ni ve, ni piensa sino en el oro que encierra su arca. No tiene el más mínimo cuidado de su grey..... poco le importa: *Mer-*

(1) Os., XII, 8.

(2) San Bernardo, *De vita cler.*, c. 5.

(3) Matth., X, 6, 8.

(4) Matth., 8, 9.

(5) San Bernardo.

cenarius est..... non pertinet ad eum de ovibus (1). Pasará toda la vida sin ganar siquiera un alma para Dios, perderánse miserablemente las que le han sido confiadas, nada le importa; pero si alguien rehúsa pagar sus derechos pecuniarios y le perjudica la bolsa ¡ah, entonces ya es otra cosa! le oíréis quejarse, le veréis desanimado y herido tan al vivo que os inspirará compasión: *Plus evigilant subditorum evacuandis marsupiiis, quam vitis extirpandis* (2). Estando las cosas así, aunque ejerciese su ministerio con alguna apariencia de devoción ¿qué podría esperarse de un ministro desacreditado á los ojos del pueblo? La sola sospecha de avaricia oscurecería en él todas las virtudes, si estuviese adornado con ellas. ¡Ah! nadie creará ya en su celo, después de haber dado pruebas de estar dominado por otro interés muy diverso de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Jesús mío, bien comprendo el desorden y los funestos efectos de la avaricia en el corazón de vuestros ministros. Ella os ofende del modo más indigno, y trastorna los hermosos planes que os propusisteis instituyendo el sacerdocio. ¡Ah! tened lejos de vuestro santuario esta lepra tan afrentosa y tan opuesta á vuestro espíritu: y puesto que os dignáis ser mi riqueza y mi bien, Vos que sois la misma riqueza y el mismo bien, y además, cual porción de mi herencia, os ofrecéis cada día á mi en la santa Misa; yo, Dios mío, no quiero otra cosa sino á Vos y vuestra Cruz, á Vos y la felicidad de amaros, á Vos y el placer de ganaros almas! *Quasi sacerdos et levita, nudus, nudam crucem sequor* (3).

(1) Joan., X, 13.

(2) San Bernardo, *in Syn. Rom.*

(3) San Jerónimo, *ad Nep.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El espíritu de interés es muy opuesto á la dignidad sacerdotal.* Un pagano al hablar de las cosas de esta tierra decía: *Major sum et ad majora natus*: un cristiano, y sobre todo un sacerdote, debiera decir: *Quam sordet tellus, dum cælum intueor!* Un hombre que pertenece al Cielo por la sublimidad de sus funciones, el hombre de Dios, *homo Dei* que debe representar y predicar al mundo al Dios del pesebre y del Calvario ¿cómo podrá apegarse al dinero? ¡Oh, sería ésta la más horrenda profanación del sacerdocio!

PUNTO SEGUNDO.—*Oposición del espíritu de interés á la misión del sacerdote.* El sacerdote interesado en lugar de glorificar á Dios le ultraja. Siendo Dios la porción de su herencia no se conforma con ella. ¡Oh bien Supremo ¿se os puede irrogar injuria más afrentosa? Un sacerdote interesado deshonra á la Religión de la cual es ministro: *Væ, væ, in domo Dei horrendum videmus.* No puede haber mayor oposición entre el espíritu de interés y el celo por la salvación de las almas. De todo sacerdote esclavo de este vicio debiera decirse: *Mercenarius est: non pertinet ad eum de ovibus.*

MEDITACIÓN XLV

El espíritu de interés en un sacerdote. Sus efectos: ejemplo de Judas

- I. Esta pasión obceca.
- II. Nos impele á los más horrendos crímenes.
- III. Lleva á la impenitencia final y á la condenación eterna.

PUNTO I

El amor del oro obceca

Este es su primer efecto, como lo es de las demás pasiones; pero en la avaricia es más tremendo. ¿Quién mejor que Judas debía conocer la vanidad de las riquezas y la excelencia de la pobreza volun-

taria? El había oído las divinas enseñanzas de Jesús sobre el desprendimiento de los bienes de la tierra (1); conocía las maldiciones con que el divino Redentor amenazaba á los ricos (2); y no ignoraba las recomendaciones que Jesucristo hizo á los Apóstoles y al mismo Judas cuando los envió á predicar el Evangelio (3). También había experimentado el miserable, lo mismo que los demás, cómo el cielo bendice el ministerio de los pobres: *Et reversi sunt cum gaudio dicentes: etiam dæmonia subjiciuntur nobis in nomine tuo* (4); y en el instante mismo en que su pasión prorrumpe en quejas contra la Magdalena (5), había oído á su divino Maestro alabar la prodigalidad de esta mujer y predecir que glorificaría esta acción delante de todo el mundo (6). Pero sobre todo, el ejemplo del Salvador debía ser más que suficiente para convencerle. Porque creyendo él en la divinidad de Jesucristo, de la cual tenía tantas pruebas, estaba obligado á creer ciegamente que es sumamente despreciable todo lo que Dios desprecia, y sumamente estimable todo lo que Dios estima. Veía con sus propios ojos que el Criador del universo no poseía nada y que nada quería poseer; pero en medio de tanta luz el desgraciado Apóstol no ve nada, pues el amor del oro lo ha cegado hasta el punto de hacerle olvidar los intereses de su propia codicia. Porque sabedor del encarnecimiento de los jefes de la sinagoga contra Jesucristo, hubiera podido sacar partido de aquel odio, y hacer que pagasen á precio subido una venganza que ellos estaban dispuestos á pagar á cualquier precio.

(1) *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cælorum* (Matth., V, 3).

(2) *Væ vobis divitibus!* (Luc., VI, 24). *Quam difficile qui pecunias habent, in regnum Dei intrabunt.* (Luc., XVIII, 24).

(3) *Et præcepit eis, ne quid tollerent in via.... non peram, non panem, neque in zona æs* (Marc., VI, 8).

(4) Luc., X, 17.

(5) *Ut quid perditio hæc?* (Matth., XXVI, 8).

(6) *Amen dico vobis, ubicumque prædicatum fuerit hoc Evangelium in toto mundo, dicetur et quod hæc fecit in memoriam ejus.* Matth., XXVI, 13.

Pero no: todo lo deja á la discreción de aquellos malvados: *Quid vultis mihi dare?* y se da por satisfecho con treinta dineros el que hasta entonces no había dejado de quejarse por haber perdido más de trescientos: *Poterat unguentum istud venundari plus quam trecentis denariis* (1).

¡Oh delirio, oh ceguedad horrible, exclama San Juan Crisóstomo! ¿Pero dejará acaso de ser esto menos inconcebible y reprochable en los herederos del sacerdocio de Jesucristo? ¿No predicán hoy los sacerdotes el mismo Evangelio que condena tan rigurosamente el apego á los bienes terrenos, y que les prohíbe expresamente afanarse por el día de mañana como hacen los gentiles? *Hæc enim omnia gentes inquirunt.* (2) ¿No tienen también éstos los mismos ejemplos del Salvador, y además la lección tan terrible que Judas les ofrece en su ceguedad y en su ruina? Sin embargo ¡ay! cuántos estragos ha causado en el santuario la codicia del oro ya desde los comienzos de la Iglesia! Pero ¿habrá á lo menos logrado desterrarla de su seno en estos tiempos? ¡Ah, Dios mío, hay muchas clases de avaricia! Bossuet hace notar que Jesucristo no dice: *Cavete ab avaritia;* sino *Videte, et cavete ab omni avaritia* (3). Porque ella sabe disfrazarse de mil maneras; si se ahorra algo es porque se tienen proyectos que realizar, pues se piensa fundar ó sostener obras que no podrían emprenderse ó llevarse á cabo si faltase el oro. Y entre tanto, se deja que los pobres sufran, que los hombres de bien gimán por esos escándalos, y que pase la vida sin llevar á cabo ni una siquiera de las obras buenas que habían sido confiadas al sacerdote.

San Bernardo sobre este texto tan conocido: *«Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti simus* (4), pregunta ¿dónde están los eclesiásticos

(1) Marc., XIV, 5.

(2) Matth., VI, 32.

(3) Luc., XII, 15.

(4) 1 Tim., VI, 8.

que se contentan con lo preciso, despreciando lo superfluo? «Esta regla, escribe él, establecida por los Apóstoles, la vemos en los libros, mas ¿quién la observa? Y sin embargo, se dice del justo que la ley de Dios está en su corazón (1).» Convienen todos con San Pablo en que es menester excluir del sagrado ministerio de las almas al que va en busca de una sórdida ganancia: *Non turpis lucri cupidum.* Pero ¿á quién deberá aplicarse esta nota infamante? Responde San Jerónimo: al que está con sus pensamientos engolfado en las cosas presentes y en demasía se afana por un porvenir que debiera confiar á la Providencia: *Turpis lucri appetitio est, plus quam necesse est de presentibus cogitare.* Guardémonos pues, de una pasión que ha llegado á pervertir á un Apóstol en la escuela y á la vista misma de Jesucristo, y que envuelve á las almas en tan densas tinieblas.

PUNTO II

La codicia del oro endurece al sacerdote y lo arrastra á los crímenes más enormes

Apenas Judas se deja vencer por el espíritu de interés, luego se hace insensible á todo y no piensa más que en el oro. Los esfuerzos que el Señor hace para espantarle ó enternecerle son inútiles. Hablando Jesús de su muerte próxima y de la traición de uno de sus discípulos, todos se entristecen, solo Judas permanece impassible. Si Jesús se rebaja hasta lavarles los pies, Pedro rehusa, y exclama: *Tu mihi lavas pedes?* (2) Judas al contrario se lo permite y se lo presenta. En el Monte de los Olivos presencia Judas tantos prodigios: hombres armados que á una sola palabra de Jesús caen desmayados al suelo; una herida curada en el acto; ve allí la inefable dulzura de Jesús que condesciende en recibir el ósculo traidor,

(1) *Ubi forma hæc? In libris cernimus eam sed non in vitiis; habes vero de justo, quia lex Dei in corde ipsius.* (Præf. vitæ S. Malach).

(2) Joan., XIII, 6.

llamándole amigo.... y sin embargo, nada le afecta; avisos, reproches, amenazas, lágrimas, caricias, insinuaciones tiernas y delicadas. Jesús emplea todos los medios para ganarlo; pero en vano. Su alma perversa por el oro se resiste á todo y su avaricia, haciéndolo insensible, le impele al más negro, al más sacrilego de todos los crímenes: *Quid multis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* (1) ¡Un Dios víctima de la codicia! ¡El creador del mundo puesto en venta! Pues aquí media un verdadero contrato. Jesús es, si puede decirse sin blasfemia, la mercancía; treinta dineros el precio; Judas el negociante; los príncipes de los sacerdotes los mercaderes.... ¡Un Dios vendido!.... Dentro de poco la comunión sacrilega y la desesperación darán remate á estos horrores.

Temblad, sacerdotes, temblad sí, aunque no encontréis en vosotros sino ligeros gérmenes de esta execrable pasión. Si no os dáis prisa para arrancarla de vuestro corazón no se podrá esperar de vosotros bien alguno, y por el contrario seréis capaces de todo mal: *Passio omnium pessima. Omnium vitiorum receptaculum. Omnis iniquitatis metropolis. Impietas numen omne divinum exterminans*.... Así han calificado los Doctores de la Iglesia esta nefanda pasión después de San Pablo que la llama raíz de todo mal: *Radix omnium malorum cupiditas*. (2) En efecto, ella extinguirá en vuestro corazón el honor y la dignidad: la caridad, la religión, la humildad, el decoro y el respeto mismo que debéis á vuestro estado, nada os dejará. Todo lo sacrificaréis en aras de la avaricia; las funciones de vuestro ministerio, el mismo depósito de la fe: *Docentes quæ non oportet turpis lucri gratia* (3). ¡Dios quiera que no lleguéis hasta el horrible extremo de subir al altar para sacrificar allí al demonio el mismo Cuerpo y la misma Sangre divina, que Judas sacrificó á los Judíos después de haberlos profanado en el cenáculo! *Avaro nihil est scelestius*...

(1) Matth., XXVI, 15.

(2) I Tim., VI, 10.

(3) Tit., I, 11.

Nihil est iniquius quam amare pecuniam; hic enim et animam suam venalem habet (1). Inocencio III hablando del hombre avariento, dice: «*Offendit Deum, offendit proximum, offendit seipsum. Nam Deo retinet debita, proximo denegat necessaria, sibi subtrahit opportuna: Deo ingratus, proximo impius, sibi crudelis* (2).

PUNTO III

La codicia del oro lleva á la impenitencia final

No hay duda que Dios fulmina contra el avaro una maldición especial. Los que se afanan para atesorar, dice San Pablo, caen en los lazos del demonio, y se enredan en una infinidad de deseos no sólo inútiles, sino criminales que los arrastran al infierno (3). San Bernardo dice que no hay porción en el Cielo para el sacerdote que tiene la suya en la tierra (4). ¡Ah, es cosa difícil que un sacerdote avariento restituya sinceramente á Dios su corazón, después de haberlo entregado al oro! *Fit justo Dei iudicio, ut qui cupiditati resistere nolumus ingressæ, jam resistere nequeamus ingressæ* (5). ¡Si á lo menos lo hiciera en la vejez! ¡mas ay! que si las demás pasiones se debilitan con la edad, ésta se rejuvenece: *Cum cætera vitia, senescente homine, senescant, sola avaritia juvenescit*, como afirman muchos Santos Padres. Veámoslo en Judas. Los peñascos del Calvario se partieron, pero su corazón queda empedernido. No es que este malvado discípulo no dé ninguna señal de arrepentimiento; pues vemos en él las que generalmente nos aseguran y cercioran de la conversión de los pecadores. En efecto, él se arrepiente: *Pœnitentia ductus*, confiesa su crimen: *Pecavi tradens sanguinem justum*; más aún: parece que

(1) Eccli., X, 9, 10.

(2) *De viliat. condit. hum.*, I, 1.

(3) *Qui volunt divites fieri incidunt in tentationem et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia et nociva, quæ mergunt homines in interitum et perditionem.* (I. Tim., VI, 9).

(4) *Clericus qui partem habet in terra, non habebit partem in cælo.*

(5) San Próspero, l. II *De Vict. act. Sacerd.*, c. 15.

hace esfuerzos para remediarlo en lo posible: *Retulit triginta argenteos principibus sacerdotum* (1); y á pesar de todo muere impenitente.

¡Ah, decidámonos de una vez á hacer limosna, pues de este modo nos iremos acumulando rico tesoro para el Cielo! Desconfiemos de esos ahorros, que son pretextos del enemigo de nuestras almas más bien que cautelas necesarias para el porvenir: *Ne forte cum servas unde vivas, colligas unde moriaris* (2). Y puesto que la tentación de poseer los bienes de este mundo es tan fuerte que llega á veces hasta á vencer á los sacerdotes virtuosos, pidamos con instancia la gracia de no sucumbir jamás á ella. Cuando nos preparemos á decir la santa Misa confundámonos en la presencia de nuestro Señor por haber abrigado sobre este punto sentimientos tan opuestos á los suyos: *Inclina cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam* (3).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El amor del oro ciega.* ¿Quién mejor que Judas hubiera debido reconocer la nada de las riquezas y la excelencia de la pobreza? Había escuchado las enseñanzas de Jesucristo: tenía además el ejemplo de su divino Maestro delante de sus propios ojos.... y sin embargo, llegó á decir: *Quid vultis mihi dare?* La pasión del oro debe alejarse por completo del santuario. El Salvador no dijo tan solo: *Cavete ab avaritia;* sino *ab omni avaritia.* La avaricia se disfraza á veces bajo pretextos tan especiosos!...

PUNTO SEGUNDO.—*El amor del oro endurece el corazón y le hace capaz de los mayores crímenes.* Desde que Judas le entregó su corazón se hizo insensible á todo. Presencia los milagros, experimenta la inefable dulzura de su Maestro; pero nada le mueve, nada le detiene.... *Passio omnium pessima. Radix omnium malorum. Avaro nihil scelestius.*

PUNTO TERCERO.—*El amor del oro nos lleva hasta á la im-*

(1) Matth., XXVII, 3.

(2) San Agustín.

(3) Ps. CXVIII, 36.

penitencia final. Los que ansian ser ricos, dice San Pablo, caen en las garras de Satanás y se pierden en una infinidad de deseos... que á su vez los llevan á la perdición eterna. Escarmentemos por el ejemplo de Judas: las peñas del calvario se ablandan, pero su corazón permanece endurecido. Se arrepiente, confiesa su crimen, arroja el precio del delito á los pies de los príncipes de los sacerdotes, y á pesar de todo, muere impenitente. Acaudalemos tesoros para el Cielo y despreciemos las riquezas de la tierra.

MEDITACIÓN XLVI

La envidia en los sacerdotes

- I. Vicio odioso.
- II. Vicio pernicioso.
- III. Vicio demasiado común.

PUNTO I

Vicio odioso •

La envidia encierra una malignidad vil y necia de la que carecen las demás pasiones. Estas se encubren bajo especiosos pretextos, y se proponen algún bien siquiera aparente; así el ambicioso ansía honores, el voluptuoso placeres, el avaro riquezas.... cosas de suyo indiferentes que no implican desorden sino por el apetito desarreglado del que las desea. Sólo la envidia no ofrece ninguna ventaja, ni siquiera aparente: todo en ella es vituperio, sufrimiento y perversidad: *Fornicator cupiditatem prætere potest, fur inopiam, homicida iram; frigidus quidem causas, et minime justas, habent tamen quas dicant; tu vero quam causam commemorabis? Dic mihi: nullam nisi vehementem improbitatem* (1). Un sacerdote de corazón elevado, de espíritu recto, en cuyo pecho arde el fuego de la caridad, quisiera que todos fueran felices. Por eso compadece á los que no lo son, y goza cuando sabe que las obras de Dios prosperan en las

(1) San Crisóstomo, 18.